

PERU: 1818

Bajada de Olañeta i Valdés á Jujuí. Varias acciones parciales dadas por las tropas del Rei. Llegada de Canterac á desempeñar el destino de gefe de estado mayor, servido interinamente por el citado Valdés. Progresos de la pacificacion. Activas providencias del virei Pezuela para poner el pais en estado de defensa contra las tentativas de las tropas rebeldes estacionadas en Chile. Formacion de un ejército de reserva en Arequipa. Disenciones entre este gefe i el general La Serna.

Permanecia el cuartel general en Tupiza esperando el desenlace de la expedicion dirigida á Chile, objeto principal que ocupaba la atencion del virei, asi como la de todos los buenos realistas que conocian la importancia de restablecer la autoridad real en aquellas paises. El general La Serna empleaba utilmente el tiempo en perseguir en todas direcciones los moribundos restos de la impía faccion para fundar en sólidas bases el dominio del Soberano español.

Una de las operaciones mas importantes emprendidas á principios de este año fue la bajada á Jujuí del brigadier Olañeta i del coronel Valdés en busca de ganado para abastecer el ejército, con la doble idea de alejar las partidas insurgentes de aquella frontera. El acierto con que ambos gefes desempeñaron esta comision regresando á los pocos dias con abundancia de provisiones, caballos, mulas, varios prisioneros i armas de chispa i corte, cogidas á los enemigos en varios encuentros que sostuvieron contra ellos sin que jamas les hubiera abandonado la fortuna, hizo honor á su inteligencia i prevision, i dió nuevos timbres á su distinguido mérito. Las bizarras tropas, que componian aquella columna, se hicieron asimismo acreedoras á los mayores elogios por la constancia con que sufrieron sus penosas marchas, i por la firmeza que desplegaron cuantas veces fue preciso apelar á su bizarría i decision.

Se batian en el entretanto varios gefes compitiendo en brillantes esfuerzos para adquirir opinion i gloria. Por la parte de La Paz señaló su bravura don José Mariano Diaz de Medina, comandante de una columna, enviada en persecucion del caudillo Capitas que se hallaba á las inmediaciones del Paracato con 20 fusileros, 80 lanceros i 500 indios armados de chuzos i garrotes. Cargándolos denodadamente las tropas del Rei, fueron prontamente arrollados i perseguidos hasta el rio Cola, dejando mas de 50 muertos tendidos en el campo, i un número correspondiente de heridos que pudieron ocultarse en gran parte en la espesura de los bosques..

El teniente coronel don Cárlos Medinaceli, gefe de una expedicion que el general habia dirigido sobre San Lucas, derrotó en 11 de febrero al caudillo Vicente Martinez en el cerro de Incuriri, logrando dispersar toda su partida i apoderarse de una gran porcion de acémilas i de todo el ganado lanar que llevaba para su subsistencia. A los ocho dias batió de nuevo este mismo gefe en las inmediaciones de Achilla al referido Martinez i á otro caudillo llamado Cuiza, cuyos dos hijos hizo prisionero con otros varios individuos de aquella partida.

Tambien el teniente coronel don Juan Baustista Baspíñeiro habia salido triunfante de un encuentro que tuvo en el dia 13 del mismo mes con los caudillos Lorenzo i Mariano Fernandez en las alturas del rio Chirimayo, cogiendo varios prisioneros i apoderándose de algunas de sus armas. Pocos dias antes habian sido sorprendidos por el coronel Aguilera los caudillos Manuel Baca, Canuto i Dámaso Rocha que habian tenido el atrevimiento de aproximarse á Santa Cruz de la Sierra; pero les sirvió de terrible escarmiento la considerable pérdida que les causó aquel bizarro gefe.

El teniente coronel don Antonio Vigil prestó un servicio importante á principios de marzo aprehendiendo al caudillo Subiría, que era el principal insurgente de la provincia de Tarija i á otros individuos de su partida, entre ellos un capitan i dos soldados de los indios chiriguanos.

El ya citado teniente coronel Medinaceli dió nuevas pruebas de su actividad i adhesion á la causa real en otra expedicion que emprendió á mediados de marzo sobre el cerro de Toroco, en el que se hallaban los caudillos Agreda, Molina i el segundo de Carrillo con 60 fusileros i 200 indios. Apenas divisó á los enemigos cuando se lanzó intrepidamente sobre ellos i despues de haberlos arrollado completamente los persiguió por mas de dos leguas hasta el rio de Turuchipa haciendo en ellos un gran destrozo en muertos, heridos i prisioneros.

Ni fue esta la sola ventaja de aquel movimiento, sino que enviado á su consecuencia el capitan don Pedro Duchén con 50 infantes sobre los parages de Pulquina i Colpa á encontrarse con los caudillos Aranibar, Barrera i Palenque, que ignorantes del suceso anterior se dirigian á aquellos puntos como designados para su reunion, logró engañarlos fingiéndose de su partido, i cuando los tuvo inmediatos rompió un vivo fuego que los puso en el mayor desorden; i persiguiéndoles por mas de media legua á pesar de la escabrosidad del terreno hizo prisioneros á los dos primeros, i mató varios individuos de aquella gavilla.

Por la parte de Cochabamba i partidos de Misque i Arque obtenian asimismo ilustres triunfos los comandantes Bouza, Hidalgo i Lezama contra los caudillos Serna, Gandarillas, Curico, Pozo, Inojosa i Aseñas, apoderándose de varios de ellos, de su artillería i municiones, de mucha parte de su armamento, acémilas i ganado, rescatando varios prisioneros que

se hallaban en su poder, i libertando á los pueblos de la opresion en que los tenia aquella indómita chusma.

Las tropas de don Pascual Vivero en la provincia de La Plata, i especialmente las del coronel La Hera obtuvieron varias ventajas sobre los insurgentes mandados por el caudillo Fernandez en las inmediaciones de Pomabamba en un parage llamado *Aguada-Casa*, en donde atacados á la bayoneta fueron prontamente deshechos i perseguidos por el partido de Cinti sufriendo la pérdida de muchos muertos, de un cañon de á 2, de 46 fusiles i carabinas i de otros varios pertrechos de guerra, asi como de 18 prisioneros.

El teniente coronel don Baldomero Espartero derrotó asimismo á la gavilla del caudillo Cueto en las llanuras inmediatas al pueblo de Mojocoya en el mes de mayo: en el de agosto obtuvo resultados no menos brillantes el coronel don Francisco de Ostría contra el cabecilla Prudencio, á quien sorprendió en una casa de campo en las cercanías de Quilaquila quedando muerto el mismo caudillo con 37 de sus soldados, i los restantes hasta el completo de 60 hombres, de que se componia la partida, cayeron en poder de las valientes tropas realistas. Otra seccion al mando del coronel La Hera se dirigió contra Sillo, al que derrotó completamente dejando libres los caminos para Potosí, Cinti, Vallegrande, la Laguna, Oruro i Cochabamba.

Este mismo gefe salió de nuevo contra los facciosos refugiados en el escarpado cerro de Taracachi, nombrado enfáticamente *Cerro invicto* por no haber penetrado jamas en él las tropas del Rei; i á pesar de la empeñada defensa que trataron de hacer el ya citado Sillo i su compañero Silva, fueron arrojados de aquella posicion con bastante pérdida de gente en muertos i prisioneros.

Una partida de tropas, que al mando del capitan don Pedro José Gutierrez habia destinado el presidente interino de Chuquisaca don Rafael Maroto para proteger el paso de los correos, logró sorprender unos 100 insurgentes emboscados matando 20 de ellos inclusive su comandante, i cogiéndoles varias armas, municiones i efectos.

Por la parte de Cochabamba se ocupaban asimismo las tropas del Rei en la persecucion de varias partidas sueltas, las que si bien eran poco importantes en número, causaban sin embargo considerable perjuicio estraviando la opinion i conmoviendo los pueblos.

El comandante don Pedro Antonio de Asua segundó poderosamente los impulsos de don José de Mendizabal é Imas, gobernador intendente de la citada provincia ahuyentando de ella á los caudillos Serna, Pozo, Hinojosa, Cueto, Curito, Mier i Diaz. El comandante del Canton de Arque coronel don Francisco Guerra, dependiente de la misma provincia de Cochabamba, contribuia contemporáneamente á la pacificacion del pais, atacando á los facciosos en el punto de Agüerana, i haciendo prisioneros á

los principales caudillos de aquel partido Tomás Peña, Andrés Cacilla, Alejo Torrico, Andrés Ocaña i Francisco Chura.

Aunque parecia que los golpes dados á principios de año por el brigadier Ricafort á los rebeldes de la provincia de Tarija debieran haber hecho desaparecer la revolucion de aquel pais, no fue asi por desgracia, sino que se vieron mui pronto levantar de sus cenizas nuevas gavillas contra las que fue preciso dirigir una columna al mando del coronel Vigil. Eran aquellas mandadas por los Uriundos i Rojas, i aunque habian llegado á reunir una numerosa chusma, toda ella se disipó apenas supieron la aproximacion de dichas tropas. Uriundo perdió bastante gente, algunas municiones, acémilas i efectos; pero Rojas volvió á rehacerse, i protegido por los indios, por la espesura de los bosques de San Luis, por alguna gente que le habia llegado de refuerzo del partido de San Lorenzo obligó á los realistas á retirarse sin que hubieran sacado mas fruto de sus esfuerzos que el de recojer algun ganado.

La expedicion que hizo en el mes de agosto contra los mismos caudillos i contra Espina, Castillo i Sanchez el entonces brigadier don José Canterac, que acababa de llegar al ejército del Alto Perú á desempeñar el destino de gefe del Estado mayor, que servia interinamente el coronel Valdés, tuvo un éxito mas feliz que el anterior. La fortuna no le abandonó en cuantos encuentros tuvo con los espresados insurjentes, habiendo sido el resultado de sus desvelos i fatigas la prision de 30 de ellos, la muerte de otros muchos, la toma de 30 fusiles, dos cargas de municiones, 70 caballos ensillados, 100 acémilas, mil cabezas de ganado vacuno, é igual número de fanegas de maiz, de modo que quedó perfectamente restablecido el órden en todo el inmenso territorio que se estendia desde Tarija hasta las poblaciones de la Nueva Oran.

Empero por mas golpes que se diesen á la faccion desorganizadora, i aunque por algun tiempo pareciese hallarse el pais enteramente libre de enemigos, volvian prontamente á la palestra nuevos campeones que tenian la osadia de presentarse hasta las mismas puertas de los pueblos ocupados por las tropas del Rei. Noticioso el general en gefe de que el caudillo Fernandez recorria los partidos de Cinti i de la Loma, i las doctrinas de Santa Elena, destacó en su persecucion desde el cuartel general de Tupiza á los coroneles don Gerónimo Valdés i don Fulgencio Toro, cuyos dos bizarros gefes desempeñaron tan brillantemente su comision que todos los grupos de los rebeldes fueron arrollados i perseguidos hasta las orillas del rio Pilcomayo, abandonando en su marcha porcion considerable de ganado vacuno, i dejando á todos aquellos pueblos una terrible leccion de lo poco que debian esperar de unos partidarios, cuya divisa era el desórden, el robo i la cobardía.

La sumision del indómito Mendez, que tantos daños habia causado á las tropas del Rei, su entrega espontánea al general La Serna, quien

premió tan importante servicio concediéndole el grado de teniente coronel, i treinta pesos mensuales á dos de sus sobrinos, fue considerada como una gran ventaja para el partido realista, que halló en estos guerreros unos firmes apoyos en vez de obstinados enemigos.

Las acciones que acabamos de referir no son por cierto de aquella clase distinguida que dé una sólida gloria i nombradía á los sujetos que tuvieron parte en ellas; pero como fueron las únicas que recuerda la historia de este año, si se exceptúan otras escaramuzas ligeras ó choques parciales de poca consideracion, son otros tantos testimonios de los progresos, que habia hecho la opinion a favor de los reales derechos, i de que la autoridad del Soberano español era respetada generalmente, menos por un puñado de bandidos, que tomando la voz de independencia para encubrir sus maldades, se entregaban á todo género de excesos, i sublevaban algunos pueblos con el afan del botin.

El Alto Perú parecia pues sólidamente asegurado; el ejército porteño situado en el Tucuman llegaba escasamente á 2300 hombres; la capital de Buenos-Aires no podia enviar nuevos refuerzos; las tropas de San Martin, aunque acababan de vencer al brigadier Osorio en el Maipu, proyectaban otras empresas, i de ningun modo podia esperarse que volviese á pasar los Andes. Los grandes cuidados del virei Pezuela desde que tuvo noticia de la citada batalla del Maipu se dirigieron á cubrir la dilatada costa de su vireinato, i á poner la capital del Perú en estado de rechazar gloriosamente toda invasion hostil de parte de las orgullosas tropas del caudillo San Martin. Creciendo en este la ambicion á medida de sus triunfos, trataba de llevar el peso de la guerra á dicho vireinato de Lima: la marina que con este motivo estaba formando era un anuncio seguro de sus atrevidos planes.

El virei Pezuela, que llegó á penetrar sus designios, desplegó la mayor actividad para frustrarlos: sus desvelos en aumentar las fuerzas terrestres i navales hacian honor á su celo é inteligencia. Creyendo que la ciudad de Arequipa sería por su centralidad un excelente punto para organizar un ejército de reserva que pudiese acudir con prontitud á donde lo exigiese la necesidad, nombró al brigadier Ricafort para que se encargase de tan importante comision. Habiendo oficiado en su consecuencia al general La Serna para que pusiera á la disposicion de este gefe el regimiento de Estremadura i el escuadron de dragones de la Union, como base del proyectado ejército, halló una tenaz oposicion fundada en la mayor conveniencia que ofrecia la provincia de Puno para su formacion.

Las instancias del citado La Serna i de otros muchos celosos realistas, que reconociendo en los habitantes de Arequipa menos firmeza de fibra i mayor aficion á aquella clase de placeres que enervan el ánimo, aconsejaban que se diese la preferencia á un pais montuoso, cuyos habitantes exentos de los vicios que son tan comunes a los que se han criado

en los pueblos calientes de las costas, habian de corresponder mas dignamente al objeto propuesto, no fueron escuchadas, i se llevó á efecto con todo rigor la primitiva idea.

El objeto principal de estas cuestiones entre Pezuela i La Serna parece consistia en que este deseaba que dicho ejército estuviera á sus órdenes, i aquel habia determinado conservarlo á las suyas. Triunfó pues en este choque la primera autoridad; pero dejó arraigada la semilla de la discordia, i completó la acedia de los ánimos, que trajo tan fatales consecuencias.

Fue verdaderamente una desgracia que no dejó de influir en los reveses de las armas del Rei la poca armonia que reinó entre estas dos autoridades desde que arribó La Serna á las playas del Perú. El virei Pezuela deseaba que este nuevo gefe hubiera pasado á Lima á recibir útiles instrucciones de quien acababa de recorrer tan gloriosamente el pais que habia sido confiado á su mando; pero como éste al salir de España hubiera tenido la orden de desembarcar en Arica, i de pasar desde aquel puerto á encargarse del ejército que se suponía estar situado en Oruro, no se atrevió á trasgredir aquellas disposiciones sin una llamada espresa del virei, quien considerando como absolutamente necesario el acto de dicha entrevista creyó inútil toda escitacion por su parte sobre este punto.

Esta primera desavenencia, que indispuso momentáneamente el ánimo del referido virei, quedó prontamente sofocada por ambas partes en obsequio de la causa real, por la que trataron de trabajar de consuno con la mayor actividad i firmeza; pero la demasiada precipitacion con que por un efecto de laudable celo queria Pezuela que La Serna llevase á efecto su proyectada expedicion sobre el Tucuman, i la repugnancia de éste sin que antes se hubiera provisto de todos los elementos necesarios para no desairar el honor de sus armas; la viva i aun picante correspondencia que se estableció entre ambos, i el disgusto de La Serna al ver que el virei, ansioso por el acierto queria intervenir en todas las operaciones de aquel ejército, fueron otras causas que dieron pábulo á su mútuo resentimiento; i si bien se llevaron á efecto los planes de Pezuela, ni se desempeñaron á su gusto, ni el éxito correspondió á las grandes esperanzas que habia concebido La Serna de hacer tremolar el pavellon real en las murallas de Buenos-Aires.

La última cuestion en que estuvieron empeñados estos dos gefes acerca del punto en que debia formarse el ejército de reserva, i sobre la desmembracion de una parte de las tropas que estaban bajo el inmediato mando de La Serna, acabaron de indisponer el ánimo de este general hasta el extremo de pedir por tercera i cuarta vez su relevo, i la licencia de regresar á la Península para reponer su salud, sumamente debilitada por sus fatigas i disgustos.

Sin embargo de estas discusiones, eran ambos gefes demasiado pun-donorosos para dejar de cumplir con las altas funciones que exigia su delicado ministerio: los intereses del Rei no fueron de modo alguno descuidados, i por su conservacion i fomento puso cada uno de ellos por su parte cuanto puede prometerse de vasallos fieles i de militares esforzados. Continuó pues La Serna á la cabeza del ejército del Alto Perú hasta que llegase la respuesta de la corte; i Pezuela se dedicó con doble empeño á poner su vireinato en el estado mas firme de defensa.